

Las pasiones le atraen por la perspectiva de los más seductores deleites; la religion le arredra por sus terribles amenazas; se siente más que nunca inclinado á pecar, y la religion viene á colocarse importuna entre su pecado y su corazon. ¿Qué hará en esas agitaciones de su conciencia que bastan para turbar y emponzoñar todos los placeres á que se abandona? ¿Cómo salir de ese estado violento, en el que no puede ni gustar las castas delicias de la virtud, ni impedir que se conviertan en tormentos los placeres que se prometia en las costumbres viciosas? Tiene por necesidad, ó que renunciar á los placeres, ó destruir la causa de los remordimientos que los acibaran; declararse contra las pasiones, ó aplacar por todos los medios posibles los gritos de su conciencia importuna que no cesa de condenar á las pasiones.

El medio de sustraerse á tantas penas y dislaceraciones del corazon sería el volver al Señor que ha sido abandonado; pero ya no hay para ello ni valor, ni fuerza, ni aún el deseo. La incredulidad promete la impunidad para el porvenir, y paz para el presente, si el jóven llega á sacudir el yugo de la fe; cree haber asegurado á su pasion un reinado pacífico, y hé ahí que toma osadamente su partido. Su suprema delicia es el desacreditar completamente á los ministros de Jesucristo, descubrir sus debilidades sin ninguna reserva, generalizar las imputaciones sin prueba y sin discernimiento, amplificarlas desmedidamente, ó inventarlas desde la primera palabra hasta la última sin el menor pudor: así que, la costumbre de censurar insolentemente la conducta de los sacerdotes es un signo cierto de un corazon corrompido, que encierra contra la religion un ódio secreto. De ahí el desprecio de las verdades cristianas; chanzas sacrílegas sobre las cosas santas, sobre las personas honestas, sobre las almas piadosas consagradas á Dios; alusiones sacrílegas á las palabras y á los hechos de la Sagrada Escritura; burlas llenas de impiedad sobre las penas del infierno y sobre las recompensas del cielo. Los libros impíos, los discursos de los *filosofastros* ateos ó deístas, comienzan á interesarle y á formar bien pronto sus delicias. Una ligera sombra de dificultad sobre los misterios cristianos, alguna burla de un bufon sacrílego, una contradiccion únicamente aparente, hacen sobre él una impresion mucho mayor que todas las demostraciones evangélicas. Se forja dificultades imaginarias, y rehuye el escuchar su solucion; se apoya en

las más ligeras conjeturas y en los más vanos sofismas; abraza opiniones temerarias, y desconfía de las pruebas más sólidas. Al fin depondrá todo escrúpulo, prescindirá de toda conveniencia, y para sacudir el yugo de la moral del Cristianismo, negará abiertamente sus dogmas; para mofarse de las amenazas de Jesucristo, le disputará su divinidad, y para persuadirse que la religion no le obliga, declarará no ver en ella más que una invencion humana.

¡Así, dogmas sagrados del Cristianismo, el impío no os ataca, no os combate, sino porque estais estrechamente enlazados con los preceptos que le han llegado á ser insoportables!..... ¡Religion santa..... no es vuestro enemigo, sino porque vos sois la enemiga de sus vicios!..... ¡Suplicios eternos, no se obstina en trataros de quimeras, sino porque os presentais á su alma aterrorizada como el castigo reservado á todas las torpezas de su corazon!..... ¡Y vos, porcion la más noble del sér humano, oh alma, espíritu inmortal, el impío no se obstina en decir que pereceréis con el cuerpo, sino porque encuentra un vergonzoso interes en que no seais inmortal!..... En vano dirá una y mil veces que cambiaria al instante de conducta, si pudiera resolverse á admitir las creencias del Cristianismo. La verdad es que creeria en el instante mismo, si pudiese resolverse á vivir bien. La ilusion diabólica que le hace esperar que encontrará en la irreligion la paz del corazon, y en el desenfreno de las pasiones la exencion de los remordimientos, es el único, el ignominioso interes que ha hecho nacer y consumado en él la impiedad.

No debemos, pues, mirar como verdaderos incrédulos á los que toman orgullosamente la máscara. Esas gentes, en la obcecacion de sus pasiones, confunden dentro de sí el ódio de la religion con la incredulidad de que no han hecho más que tomar las apariencias y hablar su lenguaje. ¡Ah! ¡Si supieseis cómo tiemblan acerca del estado y la suerte de su alma!..... Dicen que no creen, y no son más que viciosos; sólo han abrazado la impiedad como medio seguro de pecar sin zozobras ni inquietud; sólo con la necia esperanza de llegar á ser dichosos, se han hecho incrédulos; y en fin, despues que se han impregnado bien en todas las doctrinas de la impiedad, no son más que unos verdaderos miserables, y unos falsos impíos. No, no son incrédulos: quizá se persuaden de que lo son á fuerza de decirlo y de desear-

lo, pero en realidad no lo son de ninguna manera. No es necesario refutarlos, basta con hacerlos ruborizar; no es necesario presentarles el análisis de las pruebas de la religion, sino el análisis de su propio corazon. Para combatir sus dudas imaginarias no hay necesidad más que de poner en evidencia su origen vergonzoso. En vez de presentarles una serie de principios sólidos, de consecuencias incuestionables, basta el recordarles la causa original de sus extravíos y el estado presente de su alma; para que se sonrojen de su incredulidad no necesitan más que conocerse á sí mismos. Del famoso Teodoro Beze se cuenta que, combatido y subyugado por el celo, la elocuencia y el saber de San Francisco de Sales, se confesó vencido, y convino en que su doctrina era errónea, y que sólo la doctrina de la Iglesia católica era verdad. Mas apremiado por el santo obispo para que abjurase la una y volviese á la otra, hizo que se presentase la desgraciada mujer con quien, siendo sacerdote, vivia en lazos sacrílegos, y mostrándosela dijo exhalando un profundo suspiro: Hé ahí lo que me impide el volver á la Iglesia católica; y perseveró y murió en su apostasía: *Uxorem duxi, et non possum venire.*

Si pudiera encontrarse semejante sinceridad en el corazon de todos los que de católicos se hacen herejes, ó que siendo cristianos se vuelven incrédulos, tambien confesarían que con el veneno de la incontinencia ha entrado en su alma el de la incredulidad y el error. Sí, confesarían que así como la castidad les habia hecho piadosos, del mismo modo sólo la incontinencia ha podido hacerles impíos; que la pérdida de la castidad ha sido el preludio y la señal de su apostasía; que la ruina del pudor ha precedido á la de la fe, y que despues de su ruina la dificultad de ser puros los retiene en la ignominiosa necesidad de permanecer incrédulos: *Uxorem duxi, et non possum venire.*

¡Desgraciados!..... Jesucristo concluyó su parábola con esta terrible amenaza: «En verdad os digo, que ninguno de los que, invitado por Mí, ha despreciado la invitacion, gozará de mi festin en la eternidad» (1). Pues bien, si eso es verdad en cuanto á los que invitados por la gracia de la predicacion á salir de la infidelidad y de la herejía en que han nacido, y á convertirse al

(1) Amen dico vobis, quia nemo virorum illorum qui vocati sunt gustabit cœnam meam.

Cristianismo ó á reconocer á la Iglesia, oponen á esa invitacion una resistencia diabólica, ¡cuánto más verdadero será con respecto á los que nacidos en el Cristianismo y en la Iglesia, han salido de ella por una horrible apostasía! San Pablo ha dicho: «Los que iluminados desde luego por la luz de la verdadera fe la han abandonado despues, se encuentran en una especie de imposibilidad de volver á ella por una sincera penitencia» (1). Por eso tambien, segun observa San Gregorio, el festin de Dios es llamado *cena* y no *comida*; porque del mismo modo que si se falta á la comida se puede asistir á la cena, y si se falta á ésta ya no queda nada, así tambien los que habiendo nacido en la infidelidad ó en la herejía han pasado su primera edad fuera de la Iglesia, pueden entrar en ella y pasar allí sus últimos años; pero los que habiendo nacido en la verdadera Iglesia, en la verdadera fe, la abandonan en el último período de su vida, se exponen á perder para siempre la ocasion y la gracia que les han hecho volver á entrar en ella (2). Y en efecto, ¿qué vemos aún en nuestros dias? Vemos, por una parte, que del seno de la herejía y del paganismo acuden á ingresar en la Iglesia por millares, y hasta por provincias enteras, y por otra, que los que se separan de la Iglesia no vuelven á ella jamas. Los infieles y los herejes se convierten y perseveran, pero los apóstatas se endurecen y finalmente perecen. ¡Condicion desesperada, castigo espantoso reservado á los que rechazan la regla de la fe, porque no quieren la regla de las costumbres!..... *Noluit intelligere, ut bene ageret.* Por haberse alejado voluntariamente de la mesa del Señor en el tiempo, serán para siempre excluidos de ella en la eternidad. «En verdad os digo que ninguno de las invitados gozará de mi banquete» (3).

SEGUNDO PUNTO. El ejemplo de tantos desgraciados, que al perder la caridad y la gracia han perdido tambien la fe, debe ser un motivo que nos penetre á un mismo tiempo de gratitud á Dios y de temor á nosotros mismos. De gratitud hácia Dios,

(1) Impossibile est eos qui semel sunt illuminati et prolapsi sunt rursus renovari ad pœnitentiam. (*Hebr.*, vi.)

(2) Idecirco hoc convivium Dei cœna, non prandium nominatur. Quia post prandium restat cœna; post cœnam nihil est quod restat, et pertimescere debemus ne tempus gratiæ quod præsto est pereat. (*S. Greg.*)

(3) Nemo virorum illorum qui vocati sunt gustabit cœnam meam. (*Lucas*, xiv.)

porque entre nosotros es posible se encuentren algunos que hayan comprado una casa de campo y quieran visitarla, ó que hayan comprado bueyes y quieran probarlos, y otros, en fin, que se hayan casado y no traten de ocuparse en nada más que en sus esposas; es decir, que puede muy bien haber entre nosotros cristianos que han estado y quizá están todavía dominados por el orgullo, la avaricia y la lujuria, y que bajo el imperio de esas pasiones se han lanzado á cometer excesos vergonzosos y enormes escándalos, sin que por eso hayan opuesto una negativa formal á tomar asiento en el divino banquete; es decir, que en el naufragio y la ruina de todas las virtudes, han conservado, sin embargo, la fe. Pues bien, ¿cuánto deben apreciar esos cristianos este insigne beneficio de la bondad divina, que no sólo les ha hecho nacer en el seno de la verdadera Iglesia, sino que les ha conservado en ella hasta este momento, como á pesar suyo, y les ha preservado de esa fatal ceguedad, de esa envilecedora y sacrilega apostasía, consecuencia ordinaria de la corrupcion de las costumbres?

Digo, además, que el ejemplo de todos esos apóstatas debe ser para nosotros mismos un motivo de saludable temor, porque lo que todavía no nos ha sucedido hasta ahora, puede sucedernos fácilmente en el porvenir. El débil resplandor de verdad católica que subsiste aún en nuestro corazón, puede apagarse por efecto del soplo infernal de tantos vicios. Si nos dejamos llevar inconsideradamente de nuestras pasiones, podremos ser arrastrados al abismo de la impiedad. No nos lisonjeemos, carísimos hermanos, de poder vivir perpétuamente compartiendo nuestro tiempo entre la religión y el libertinaje, y de tener siempre el espíritu sometido á las verdades de la fe, á la par que el corazón sería rebelde á las obligaciones de la ley. ¿Cuántos impíos habrá aún entre los que nosotros conocemos, que al principiar sus desórdenes se lisonjeaban con esa esperanza! ¡Ah!..... Ni aún sospecharon entonces, ni mucho ménos creyeron que sus inclinaciones debieran ejercer una influencia tan funesta sobre su juicio, y que su fe pudiera depender hasta ese punto de sus costumbres. No creyeron que á fuerza de ofender al Señor podrían llegar á desconocerle; que á fuerza de violar los preceptos del Cristianismo llegarían hasta atacar sus dogmas, y que á fuerza de merecer el infierno se verían reducidos á negarle. La fe es una flor tan de-

licada como el pudor; estas dos virtudes son frágiles hasta el extremo, y así como la una con la menor mancha se altera, con la menor duda la otra deja de existir. «Dudar en materia de fe es ya ser infiel» (1); y como la fe santa no se sostiene largo tiempo contra una vida pervertida, á fuerza de heridas hechas al deber llegaremos á abrir brecha en el símbolo de la fe.

Mas ¡qué digo! ¡Llegaremos hasta ahí! ¡Ay, cuántos han llegado ya en gran parte hasta ese punto! En efecto, no hablaré de esas dudas sobre las verdades de la fe, que de cuando en cuando se suscitan en vuestro espíritu, ó de esos deseos infernales que se agitan en el fondo de vuestro corazón, tales como: «¡Plugiera al cielo que no hubiera ni ley, ni fe, ni infierno, ni eternidad, ni religión, ni Dios!.....» No hablo de las repugnancias, de los disgustos, de los desprecios, de los terrores que os inspiran los ministros de Dios, los templos de Dios y la palabra de Dios. No hablo de vuestras horribles simpatías hacia las personas de los incrédulos, su sociedad y sus libros. No hablo, en fin, de la indiferencia con que escucháis las blasfemias del incrédulo, y del celo con que reclamáis una tolerancia política en favor de la herjía y de la irreligion. No hablo de todas esas pruebas manifiestas de la decadencia, debilidad y próxima extinción en vosotros de la fe combatida de ese modo por las obras, porque esa fe no sólo está moribunda, sino que ya ha muerto, y vosotros mismos la consideráis como tal; así es que no seguís sus luces, no escucháis ninguna de sus inspiraciones, no pedís ni sus consuelos ni su apoyo, y no os resta más que echar fuera su cadáver, declarándoos en alta voz incrédulos; ¡un paso más en la senda del libertinaje, y tal vez quede consumada vuestra apostasía! ¡Atras, almas inconsideradas que os veis en semejante peligro, atras..... atras! Un paso más en el desórden acaso sea el último, y seréis del número de aquellos á quienes una sentencia irrevocable excluye del banquete celestial: *Nemo virorum illorum qui vocati sunt gustabit cenam meam.* ¡Ah! Mientras que todavía es tiempo, renunciad á vuestros vicios; romped vuestras ligaduras, tened cuidado de avivar con el aceite de las buenas obras la lámpara de la fe que se halla próxima á extinguirse. Volved vuestras lánguidas miradas hacia la castidad que os dejó tan dulces re-

(1) *Dubius in fide est infidelis corde.*

cuerdos de calma y de felicidad. Sólo ella volverá á abriros las puertas de la fe viva que os cerró la incontinencia. Entónces cesarán vuestras dudas sobre la religion, entónces os parecerá divinamente verdadera, porque habréis comenzado de nuevo á practicarla como santa. Entónces ya no seréis enemigos secretos de la fe que profesais, ni de la Iglesia en la cual vivís. Buscad la paz del corazon en la humilde adhesion á las verdades de la fe y en la constante sumision á las prescripciones de la ley divina. Para volver á entrar en la casa de Dios, de que estais á punto de desterraros, para sentaros de nuevo al divino banquete que íbais á abandonar, aprovechaos de los disgustos, de los remordimientos, de los tormentos que el mismo Dios os suscita. Esos son los estimulantes, las invitaciones, los piadosos esfuerzos de su ternura, que quiere compeleros dulcemente: *Compelle intrare*. Yo quiero, dice el Señor, que sentados siempre á la misma mesa acá abajo en la tierra, en mi compañía y en la de tantos hermanos amados, podais todos tambien encontraros asociados en mi banquete eterno en el reino de los cielos (1). Así sea.

(1) Ut edatis et bibatis super mensam meam in regno. (*Luc.*, XXII.)

TERCERA HOMILÍA.

EL MAL SERVIDOR, Ó EL PERDON DE LAS OFENSAS.

Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros; benefacite his qui oderunt vos; orate pro persequentibus et calumniantibus vos. (San MATEO, V.)

Y yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y os calumnian.

El verdadero cristiano no debe ser como los fariseos judíos, que hacian consistir toda su santidad en las observancias exteriores; el verdadero cristiano, dice Jesucristo en el Evangelio, debe elevarse más alto: debe, á la santidad de las obras, añadir la pureza de intencion y la rectitud de corazon. Con sola esta condicion podemos esperar el reino de los cielos: «Si vuestra justicia no es más perfecta que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (1). Así, segun las prescripciones y el espíritu de la ley evangélica, del mismo modo que se comete adulterio, no sólo por haber ultrajado á la esposa de otro, sino tambien por haberla solamente deseado, del mismo modo que uno es ladron, no sólo por quitar á otro lo que es suyo, sino tambien por haberlo codiciado, así, segun la palabra expresa de San Juan, se llega á ser homicida, no solamente quitando la vida al prójimo, sino en el mero hecho de abrigar rencor contra él (2).

Por eso el Señor, colocándose hoy como maestro, como doctor, como legislador y como Dios, nos dice: Os mando que ameis al

(1) Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum caelorum. (*Matth.*, V.)

(2) Qui odit fratrem suum homicida est. (I, *Joan.*, III.)